

La Academia
para Jóvenes

Inteligencias, lenguaje y literatura

Felipe
Garrido





La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección
La **Academia** para **Jóvenes**

Benjamín Barajas

Editores

Alejandro García

Édgar Mena

Revisión

Keshava Quintanar Cano

Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

Inteligencias, lenguaje
y
literatura

Garrido, Felipe, 1942-

Inteligencias, lenguaje y literatura -- México: UNAM, Plantel Naucalpan,
Academia Mexicana de la Lengua, 2017.

88 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-02-9491-4 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-97649-7-5 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: septiembre de 2017.

D.R. © UNAM 2017 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

D.R. © 2017 Academia Mexicana de la Lengua,
Naranjo 32, Florida, Delegación Álvaro Obregón, CP 01030, CDMX.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-02-9491-4 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana
de la Lengua).

ISBN: 978-607-97649-7-5 (Volumen Academia Mexicana
de la Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Felipe Garrido

Inteligencias, lenguaje
y
literatura



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
INTRODUCCIÓN, Alejandro García	11
Mis primeras lecturas	17
En defensa de lo maravilloso	29
El arte de pensar	39
Inteligencias, lenguaje y literatura. Apostillas	59
El principio y el fin	69
Sólo nosotros podremos salvar el mundo	77

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de La Academia para Jóvenes, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la UNAM —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

Benjamín Barajas

Director de la Colección

La Academia para Jóvenes.

Introducción

CALAS —BREVES ENSAYOS que aluden al dominio del lenguaje, de la capacidad que cada quien tiene para razonar, sentir, creer e imaginar, *de nuestras inteligencias*— con textos precisos, frases intensas, vitales donde el factor telúrico y taumaturgo es la palabra como parte de temas fundamentales en la obra de Felipe Garrido: El acercamiento a diversos autores (no es un secreto su especial predilección por Arreola, Borges, Cortázar, López Velarde, Monterroso, Pellicer, Rulfo, Torri, Yáñez, Cervantes Saavedra y su confesado amor hacia sor Juana Inés de la Cruz) y el proceso de edición en sí mismo; el mundo de la traducción y el papel de la lectura en nuestro mundo, particularmente, en los jóvenes.

Surgen así, en el presente libro, seis apartados: 1) Mis primeras lecturas, 2) En defensa de lo maravilloso, 3) El arte de pensar, 4) Inteligencias, lenguaje y literatura. Apostillas, 5) El principio y el fin y 6) Sólo

nosotros podremos salvar el mundo, que es un profundo recorrido por diversos sucesos que forjan la creencia en la literatura como una experiencia gozosa, vital: relatos paternos que llenaron la imaginación de Felipe Garrido de narraciones ancestrales, de las andanzas de don Quijote, cuentos infantiles y juveniles, de la sabiduría de la poesía, de la aprehensión de poetas, de pasajes recuperados por la maravillosa certeza del recuerdo, de las tradiciones heredadas, de la exploración de una niñez llena de asombros y prodigios signados por las palabras: “hacemos amigos, trabajamos y nos divertimos, aprendemos y enseñamos con palabras”.

La lectura es para Felipe Garrido parte fundamental de su quehacer ensayista en las siguientes obras: *Cómo leer (mejor) en voz alta. Una guía para contagiar la afición a leer* (2003); *El buen lector se hace, no nace. Reflexiones sobre lectura y formación de lectores* (2000); *Para leer mejor. Mecanismo de la lectura y de la formación de lectores* (2004); *Prácticas lectoras en la Universidad Veracruzana. Una encuesta* (2008); *La necesidad de entender. Ensayos sobre la literatura y la formación de lectores* (2005) y *Manual del buen promotor. Una guía para promover la lectura y la escritura*. (2012). Todo resumido en irisada reflexión:

Para pensar mejor, conviene conocer más palabras. Por eso hace falta un país de lectores que sean capaces de producir textos, de escribir. Por eso es tan importante apropiarse de la lectura y la escritura —las que se hacen por el mero gusto de leer y de escribir, además

de las que se hacen por necesidad o por obligación—
y convertirlas en actividades de todos los días.

Se devela así que en México no se ha logrado avanzar, como es debido, en la creación de lectores: se han hecho notables logros en cuanto a disminuir el analfabetismo, se han apoyado programas por parte del gobierno para fortalecer a un público que ya está acostumbrado a leer, pero no se ha puesto la debida atención en los nuevos lectores. Se cree que la edición masiva de libros, con precios accesibles, logra el milagro de hacer que la gente lea; pero es fundamental, preciso, impostergable que un maestro guíe la lectura, pero no en forma pasiva, sino como un lector entusiasta que se deje llevar por el placer del texto, ya que “estas obras nos hacen sentir, imaginar y conocer. Porque cuando leemos de veras, estamos en verdad sintiendo emociones, figurando realidades, aprendiendo algo que no sabíamos, haciendo más amplia nuestra experiencia. Cuando leemos cuentos y novelas estamos creciendo, madurando, aprendiendo cómo es el mundo, aprendiendo a vivir”.

Felipe Garrido es ejemplar cuentista y narrador; reportero y articulista; viajero sin fronteras que describió en variadas crónicas su visión personal de Europa y Estados Unidos; traductor de artículos y libros de medicina, antropología, arte, historia, ciencias, literatura; recopilador minucioso de relatos antiguos

de asombrados conquistadores e infatigables misioneros del siglo xvi; atento estudioso de la literatura decimonónica y del siglo xx; crítico de arte (especialmente de la obra de Saturnino Herrán) y editor de reconocida experiencia en revistas médicas, de arte y difusión de la cultura en la SEP, el FCE, el INBA, la UNAM y el Conaculta. Universo profesional, experiencias vitales que le han permitido asumir sin cortapisas que: “Ser lector significa haber convertido la lectura en una actividad de todos los días, una manera de aprender, pensar y crecer; de profundizar en la comprensión del mundo y de la vida”.

El presente volumen recoge una parte de su depurada creación.

Alejandro García

Inteligencias, lenguaje
y
literatura

Mis primeras lecturas

SIGO CREYENDO QUE era una casita encantada. Ángeles y demonios la asediaban. Vivían allí cuatro niños, sus padres, Tapio —un airedale terrier— dos gatos y un duende. Los techos eran tejados de dos aguas, y las paredes blancas. Tenía un porche con tres arcos. En el jardín crecían duraznos, ciruelos, un naranjo, un níspero y un pirul. Muy cerca había una barranca donde una vez alguien encontró la cabeza de un hombre.

La barda era de esos arbolitos que llaman trueno; marcaba la linde pero no detenía a nadie que quisiera pasar. Entraban los demonios, disfrazados de ratas o de perros feroces, flacos, cubiertos de cicatrices. A las ratas las cazaban los gatos; las dejaban en la puerta del porche; o en la que daba a la cocina. A los perros los ahuyentaba Tapio, que atacaba sin ladrar; era un gran luchador. En alguno de sus muchos pleitos había perdido la mitad de una oreja.

Disfrazados de gorriones, los ángeles anidaban en las tejas y cantaban antes de que saliera el sol. Otros parecían golondrinas. Cada año, cuando regresaban, construían sus nidos en los aleros, con lodo, que nunca faltaba. Estaba la barranca, y los aguaceros encharcaban las calles, que eran de tierra. Algunas tardes había un enjambre de ángeles que se cruzaban en todas direcciones.

Yo era el mayor de los cuatro niños. Los otros tres eran mis hermanas. El duende, Godofredo, tenía su casa bajo tierra, en las raíces del enorme pirul que crecía en el centro del jardín.



En las noches, después de merendar, sentados todos a la mesa, papá encendía un cigarro: había llegado el momento de escucharlo.

Un día que iba en un velero, Godofredo salió a cubierta a tomar el sol. Llevaba un sombrero de palma, su bronceador, un libro sobre tortugas y tiburones, y sus anteojos oscuros. De pronto escuchó un gran alboroto:

—¡Barco a la vista! ¡Un barco pirata! ¡A babor!— gritaba el vigía y, en efecto, una embarcación muy ligera se aproximaba a toda vela; en su único mástil ondeaba una bandera negra con una calavera...

Tras emocionantes y divertidas peripecias, Godofredo vencería a los piratas gracias a su valor y a su astucia; sus poderes de duende los usaba sólo cuando no había más remedio.

Muchas veces mis hermanas y yo resultábamos personajes en los cuentos de mi padre. Acompañábamos a Godofredo en busca de tesoros o en viajes espaciales o a rescatar a un oso polar. Y muchas veces el suspenso crecía tanto, el cuento era tan fascinante, que sabíamos que, para escucharlo, el duende había dejado su casa subterránea y estaba allí afuera, en la oscuridad, pegado a la ventana del comedor, donde los dos gatos esperaban que les dieran alguna costra de queso, porque a él también le gustaba oír sus historias. Puedo jurar que en más de una ocasión vi su sombra, con el puntiagudo sombrero de duende, aunque debo confesar que verlo, verlo, lo que se dice verlo... pues nunca lo vi.

Otras veces papá dejaba descansar a Godofredo y nos contaba cómo una ciudad de grandes murallas fue tomada. Sus enemigos fingieron que se retiraban en sus barcos y dejaron frente a los muros de piedra un enorme caballo de madera. Los troyanos, los habitantes de aquella población, creyeron que habían vencido y quisieron llevar el caballo a su ciudad. Como era demasiado grande para pasar por las puertas, derrumbaron una parte de la muralla. Lo que no sabían era que dentro del caballo había guerreros. Esa noche, mientras los troyanos se entregaban a

festejar la engañosa victoria, sus adversarios, los aqueos, regresaron en silencio y, ayudados por los que ya estaban dentro, destruyeron Troya.

O cómo un caballero vestido de armadura había atacado, en un caballo flaco y viejo, como él, a unos gigantes. Y aunque su escudero le gritaba que se detuviera, que no eran gigantes, sino molinos de viento, había clavado la lanza en una de las aspas que el aire hacía girar, y había salido rodando con todo y montura. O cómo un hombre, convencido de que era posible llegar a las Indias de Oriente navegando hacia el occidente, había vencido los temores de sus marineros y había llegado a un mundo nuevo.



Mamá también contaba historias: cómo había sido su infancia; sus juegos, su escuela, sus fiestas, sus travesuras, sus miedos. Pero, sobre todo, mamá nos leía. Tenía, entre muchos otros, un libro viejo que su madre había recibido de manos de su propia abuela, con los cuentos de los hermanos Grimm. Ahí conocimos a Blanca Nieves, al sastrecillo valiente, al muchacho que nunca había sentido miedo y quería ser asustado, a la princesa que dejó caer al foso del castillo su pelota de oro y aceptó invitar a dormir en su cuarto a un horrible sapo, con tal de que se la encontrara...

Un cuento me fascinaba sobre todos los demás. Todavía me gusta y me angustia: “Hansel y Gretel”, los niños abandonados en el bosque por su padre, incapaz de oponerse a los deseos de la malvada madrastra. Acurrucado en brazos de mi madre, me deleitaba con la zozobra que me producía el relato. Para eso son los cuentos, las novelas, la poesía, para sentir que estamos vivos, para experimentar emociones: turbación, ansiedad, alegría, desconcierto, terror...

Los cuentos aquellos de aquel libro viejo, con grabados que daban rostro a sus personajes y que nunca he olvidado fueron, me parece, los primeros que leí por mi cuenta. Los había escuchado tantas veces que era relativamente fácil recordar lo que sucedía, ir reconociendo las palabras. Las lecturas de mi madre me allanaban el camino. Escuchar cómo lee un lector más experto que nosotros nos enseña a leer. Para invitar a otros a leer, con nosotros y por su cuenta, nada hay mejor que compartir la lectura, haciéndola en voz alta.



Hubo otros libros que leí muchas veces, escuchando a mis padres y luego por mi cuenta. Algunos eran de animales. Llegué a ser tan conocedor que, antes de que entrara a la primaria, alcanzaba a distinguir a bichos tan exóticos como el okapi, el pangolín, el

kiwi, el ornitorrinco. Otro fue una edición infantil del Quijote que me reveló de dónde sacaba mi padre algunos de sus cuentos. También los hubo de mitos, fábulas, tradiciones. De uno de ellos, de leyendas africanas, salía a veces un cocodrilo enorme que llegaba a mis pesadillas.

Una revelación fue la poesía. Descubrí un encanto especial en la manera de decir las cosas que tienen los poetas. Recuerdo romances y corridos, versos de Darío, Nervo, Espronceda, Reyes, Pellicer que aprendí de niño, toda la vida he seguido leyendo poesía. Unos versos de Martí desde muy niño me han acompañado con su misterio —todos los buenos versos tienen algo de misterio—:

Si ves un monte de espumas
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.
Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor;
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.
Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.
Mi verso al valiente agrada:

mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.



Conforme me fui haciendo un lector más capaz, pude ir leyendo historias más largas. Un día me encontré con una novela en las manos. Creo que fue *Pinocho*. Tal vez una versión infantil. O tal vez tal como la escribió Collodi, porque no es muy larga y porque está al alcance de lectores muy jóvenes. Me sigue fascinando; es decir, cuando la estoy leyendo me olvido de otras cosas, nada me interesa más que seguir con mi lectura; aún ahora *Pinocho* me sorprende y asusta, me hace reír y llorar. (En noviembre de 2016, Mauricio Volpi publicó en su editorial, Nostra, un preciosa edición de *Pinocho*, que yo traduje y Gabriel Pacheco ilustró.)

En el paso de la primaria a la secundaria leí novelas de Julio Verne, como *Viaje al centro de la Tierra*, *La vuelta al mundo en ochenta días* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*, que habían merecido, todas, convertirse en películas; de Edgar Rice Burroughs, como *Tarzán de los monos*, que también llegó al cine; de Emilio Salgari, como *Los naufragos del Liguria* y todas las de Sandokan; de Mark Twain, como *Las aventuras de Huckleberry Finn*; de Jack London, como *Colmillo blanco* —entraron islas desiertas a mis sueños y lobos a mis

pesadillas, pero al día siguiente yo regresaba al libro con el mismo entusiasmo—. Con mi madre leí *Los tres mosqueteros* —que también ha sido película más de una vez—, *Don Juan Tenorio* —el teatro también es para leerse—, *Los bandidos de Río Frío* y los *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga —pues para entonces los cuentos me interesaban tanto como la poesía y las novelas.

Mi padre me regaló *Las aventuras del barón de Munchausen*, *Viajes morrocotudos* y tres libros de Chesterton que cambiaron mi vida: *Enormes minucias*, *El candor del padre Brown* y *El hombre que fue Jueves*: uno de ensayos, otro de cuentos con un sacerdote detective, y una novela. Uno de esos ensayos lo recuerdo todos los días, porque en uno de mis bolsillos llevo siempre unos cerillos y una navajita, igual que Gilbert, que veía en esos objetos un compendio de nuestra cultura: el fuego y el acero domesticados.

Con las novelas, los ensayos y los cuentos, seguí leyendo poesía y descubrí a cinco autores que me enseñaron a decir lo que mi corazón sentía: López Velarde, Neruda, Pellicer, Bécquer y Garcilaso. Al mismo tiempo llegué a la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que me cautivó como la mejor de las novelas. Y un libro excepcional sobre hombres que fueron revelándonos cómo hemos ido creyendo que es el universo —Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y compañía—: *Los sonámbulos*, de Arthur Koestler.

Hay quienes leen sólo novelas, o ensayos, poesía, teatro, historia, ciencia. Yo creo que, aunque

necesariamente uno acaba por quedar más o menos especializado en algo, es mejor pasar de un género a otro y de un tema a otro, pues somos al mismo tiempo sentimientos, inteligencia, instintos e imaginación. Nos interesan las vidas de otros, el pasado y el futuro, la realidad y la ficción; el lugar donde vivimos y lo que ocurre en otras tierras.



A medida que seguí leyendo, me salieron al paso preguntas que antes no me había planteado. Una especialmente intrigante fue qué hace distintos a los cuentos de las novelas. “Hansel y Gretel” y “Godofredo en busca de la esmeralda perdida”, lo mismo que *Pinocho* y *Las aventuras de Tom Sawyer* narran algo que sucede a sus personajes. ¿Por qué decimos que los primeros son cuentos y las segundas novelas?

Con el tiempo llegué a la conclusión de que en los cuentos hay por lo menos un personaje, al que le sucede algo; la acción está concentrada en una historia. En las novelas puede haber un personaje principal, pero siempre está rodeado de muchos otros, algunos de los cuales son también importantes, y hay una variedad de historias que se mezclan, que se entrecruzan.

Los cuatro hombres que van de regreso a su pueblo en “Nos han dado la tierra”, el cuento de Rulfo, pueden verse como un solo personaje que nos dice cómo ha

vuelto a ser engañado por la autoridad. El angustiado viajero de “El guardaguas”, que quiere llegar a un lugar determinado y escucha del empleado de los ferrocarriles la descripción de un caótico sistema de transporte capaz de llevarlo a cualquier sitio, incluido el que le interesa, es un personaje que está viviendo una historia, a un lado de que el espléndido cuento de Juan José Arreola pueda ser un símbolo del caos en que vive México.

En cambio *Los de abajo* de Mariano Azuela, *Las visitaciones del diablo* de Emilio Carballido, *El Club de la Salamandra* de Jaime Alfonso Sandoval, *El fuego verde* o *Auliya* de Verónica Murguía son novelas que nos embarcan cada una de ellas en una multitud de historias. Esta capacidad para sumar fabulaciones se multiplica hasta el vértigo en las novelas mayores, como *La feria* de Arreola, *Pedro Páramo* de Rulfo, *Cien años de soledad* de García Márquez, *La muerte de Artemio Cruz* de Fuentes, *La guerra y la paz* de Tolstoi, o el *Quijote* de Cervantes.

Horacio Quiroga, el enorme cuentista uruguayo, dijo que un buen cuento es como una flecha que da en el blanco. Julio Cortázar, el no menos grande cuentista y novelista argentino, dijo que es como un jab de izquierda que alcanza la barbilla del lector. Estas dos imágenes hablan de cómo en el cuento la acción se concentra y la narración nos sorprende. Según Cortázar, tan buen aficionado al boxeo, el cuento vence al lector por knock-out y la novela lo hace por puntos.

Lo más importante cuando leemos, ya sea cuentos o novelas, ensayos, teatro o poesía, es cuánto estas obras nos hacen *sentir, imaginar y conocer*. Porque cuando leemos de veras, estamos en verdad sintiendo emociones, figurando realidades, aprendiendo algo que no sabíamos, haciendo más amplia nuestra experiencia. Cuando leemos cuentos y novelas estamos creciendo, madurando, aprendiendo cómo es el mundo, aprendiendo a vivir.

En defensa de lo maravilloso

LOS MÁS DE CIENTO MILLONES de volúmenes que se encuentran en las bibliotecas de aula y en las bibliotecas escolares de todo el país se hallan físicamente divididos en dos grandes categorías: libros informativos (libros útiles) y libros de ficción (libros para pasar el rato).

Rincones de Lectura, el programa que hasta 2000 antecedió al de bibliotecas de aula, no marcaba esta diferencia. Había, por supuesto, algunos libros orientados al conocimiento y otros donde lo que dominaba era la ficción. Pero no estaban separados. Un buen lector pasa de unos a otros con parejo interés.



Vasconcelos se equivocó en muchos puntos: creía, por ejemplo, que basta con repartir libros para formar lectores. Y eso es falso, como se ha visto cada vez

que se ha puesto en práctica. Mas a menudo tuvo razón; por ejemplo, cuando sostuvo que la calidad de la educación depende de la calidad de los maestros.

Cuando en 1992 Ernesto Zedillo tomó posesión de su cargo como secretario de Educación Pública consultó a una serie de personajes sobre qué podía hacerse para mejorar la educación básica. El enorme filólogo Antonio Alatorre le respondió:

Me eduqué en una escuela porfiriana completamente laica y extraordinariamente eficaz, como pude comprobarlo al seguir mi educación aquí en México. Mis compañeros, de distintos estados de la república, no habían tenido una primaria tan buena como yo. Ninguno había estudiado álgebra; ninguno sabía solfear; no tenían, ni de lejos, mis conocimientos de gramática, mi práctica en la lectura y en la escritura ni mi buena ortografía. Si esto me lo dio la escuela de un pueblo perdido en el mapa, que ni siquiera tenía carretera a Guadalajara, la solución de los problemas era fácil: bastaba imitar al Autlán de aquellos años y ponerles a los muchachos unos profesores tan buenos, tan conscientes de su papel, como la señorita Cuca y la señorita Magdalena, y al frente de cada escuela una directora como María Mares.

En mi casa, en Autlán, había libros que mis hermanos y yo leíamos; por ejemplo, *Genoveva de Brabante*, *Robinson Crusoe* y la *María de Jorge Isaacs*. Pero fue la escuela la

que más me sirvió. La primera hora, todos los días, era la de lectura en voz alta; y dos o tres veces por semana escribíamos algo, a veces sobre un tema señalado por la maestra, y a veces con tema libre (que era lo que más nos gustaba). Yo salí de Autlán a los doce años, y un día, años después, se me ocurrió hacer una lista de los libros que leí entonces, y recordé como trescientos títulos.¹

Aquellas señoritas Cuca y Magdalena, aquella directora María Mares con quienes estudió Alatorre, ¿de dónde sacaron todo eso que sabían y transmitieron a sus alumnos? ¿En dónde aprendió Alatorre la infinidad de cosas que llegó a saber? Leyendo *Genoveva de Brabante* y *Robinson Crusoe* y la *María* de Jorge Isaacs, y esos como trescientos títulos que conoció en Autlán, más los cientos o miles más que habrá leído a lo largo de su vida.

La solución de nuestros problemas educativos, como Alatorre le dijo a Zedillo, es sencilla. Lo que necesitamos son profesores lectores. Profesores que lean no sólo por necesidad y por obligación, sino por el gusto de leer.

Existen libros que se leen para aprender, para investigar, para informarse. Otros se leen para conocernos, para vivir, por el gusto de escuchar historias y de tener experiencias. Un niño debería leer con el mismo gusto el libro que le explica el

¹ Leer, escribir, contar y pensar; comp. Fernando Solana. México: Fondo Mexicano para la Educación y el Desarrollo, 2003, pp. 162-163.

sistema de numeración maya, que “La maceta de albahaca”, un cuento de Pascuala Corona donde la astucia de una muchacha le permite domar a un rey prepotente que a ella le encanta, y casarse con él. Nadie duda de la necesidad de los primeros. No siempre se está de acuerdo en que es igualmente importante leer los que comienzan con *Había una vez*.

Había una vez... es una fórmula que corresponde al imperfecto onírico o de figuración. El tiempo de los hechos imaginados o soñados: “Anoche tuve un sueño; estaba contigo en un balcón, y me besabas”. A este copretérito se asimila el imperfecto lúdico: “Haz de cuenta que íbamos en un barco; tú eras el capitán”. Una pieza literaria es un ejercicio de imperfectos oníricos y lúdicos. Leer por el placer de leer nos hace pasar, como dijo Huizinga, del *homo sapiens* y del *homo faber*, al *homo ludens*, el hombre que juega, que acepta hacer a un lado las reglas racionales del saber y del hacer para someterse a las leyes de esos universos paralelos que son los espacios abiertos al juego, a la imaginación.

El espacio de los conjuros, rondas, invocaciones, refranes, coplas, oráculos y adivinanzas. Las parábolas, fábulas, ejemplos y otras formas de cuentos sapienciales, que orientan la conducta. El espacio abierto a contar las leyendas y los mitos, las hazañas de los dioses y los héroes. A relatar los modos de convivencia con los vientos, las estrellas, las montañas, las aguas, las palmas y las moscas; los lazos, inquietantes siempre, entre los vivos y los muertos.

Todas las formas esenciales de la literatura son fórmulas de iniciación y de integración social. Eso no se ha perdido; así es aún, en enorme medida. La literatura es una fuerza integradora.

Desde las primeras creaciones lo maravilloso ocupa un lugar primordial: hay animales, árboles, cosas que hablan y tienen albedrío; hay seres dotados de poderes; ocurren metamorfosis y otros portentos. Por debajo de esa costra de prodigios lo que se indaga es la naturaleza de los seres humanos. Por eso, a unos siete mil años de distancia, seguimos leyendo con avidez, provecho y emoción el libro más antiguo que conocemos, la *Epopeya de Gilgamés*.



A partir de la Revolución Industrial, los niños y los adolescentes burgueses se convirtieron, en Europa —y sus prolongaciones en otras partes del mundo—, en un lucrativo mercado: empezaron a aparecer libros y revistas para ellos, y lo prodigioso, que fue visto como eminentemente infantil, comenzó a tener enemigos. En general, estas revistas lamentaban la afición de los niños “a lo maravilloso por más falso e inverosímil que sea”, pues eso los hacía posponer “lo verdadero, lo provechoso y lo necesario”; así lo afirma Iriarte, el fabulista español.

La lectura utilitaria, sin embargo, la que atiende únicamente a la utilidad de leer, difícilmente produce

lectores. Los lectores se forman cuando descubren placer en la lectura. Después ya no hacen falta otras razones: la recompensa mayor de leer es la lectura misma. La palabra *placer* pone nerviosa a mucha gente. La relaciona con la irresponsabilidad y el hedonismo. Pero el placer es no sólo de los sentidos y las emociones, sino también del intelecto. Hay placer en explorar, descubrir, aprender.



Abundan hoy los libros para niños que de manera explícita tratan situaciones conflictivas, crueles y dolorosas, como los divorcios, la adopción, las migraciones, los desastres ecológicos, la guerra, el maltrato, los abusos sexuales —que los niños conocen porque ven la televisión y la prensa, porque escuchan a los mayores, porque las han sufrido—. Pero es posible adentrarse en nuestro lado oscuro sin prescindir de lo maravilloso.

Lo prueban, entre otros, Emilio Carballido, Roald Dahl, Francisco Hinojosa, que resaltan la realidad al adobarla con el humor, lo inesperado, lo disparatado, lo maravilloso... toques de crueldad y cinismo. Y ciertamente cautivan a los lectores.

Lo maravilloso permite ingresar con mayor facilidad en los más profundos temores de los niños. La amenaza del abandono, del secuestro, de ser devorados y mutilados; la oscuridad, los truenos, las ratas y las

arañas; los espíritus malignos, los ogros y las brujas. Ante estos males se alzan la astucia de los débiles, los magos bondadosos, las hadas. La madre, el padre, el profesor que leen con el niño conjuran los peligros. Pero la experiencia de hacerles frente es importante.

A veces lo maravilloso ha buscado explicaciones más realistas en la ciencia, y en otras ha seguido acudiendo a su precursora, la magia. En 1962, hace cincuenta y cinco años, se estrenó en el cine *Dr. No*, y hace dieciséis *Harry Potter y la piedra filosofal*, las primeras películas de las series de James Bond y de Harry Potter, las dos más taquilleras en la historia del cine. En las películas y las novelas de James Bond la tecnología justifica los prodigios; en las de Harry Potter lo hace la magia. En uno y otro caso, está claro que lo maravilloso nos fascina. En cuanto a la manera de explicarlo, si *Crepúsculo* y sus sucesoras siguen como van —más de 547 millones de dólares en los Estados Unidos, al primer año de exhibición—, el marcador será dos a uno, en favor de la magia y lo sobrenatural sobre la ciencia.



Una añeja tradición de pragmatismo pretende anular lo maravilloso y el placer. En el *Quijote*, el cura quema los libros del caballero porque ve en ellos “cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar” (I, XLVII).

Don Quijote pregunta al canónigo que lo acompaña cuando el manchego va enjaulado —y

que está escribiendo un libro de caballerías— si puede haber mayor contento que leer la historia del Caballero del Lago, quien se lanza con todo y armadura “a un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables” para llegar a un castillo donde bellísimas doncellas lo bañan, le dan de comer, lo perfuman. Dice Don Quijote al religioso (I,I):

Lea estos libros y verá cómo le destierran la melancolía [...] y le mejoran la condición [...] de mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo y no me siendo contraria la Fortuna, en pocos días verme rey de algún reino [...]

Don Quijote no es el único defensor de esas novelas. El ventero (I, xxxii) considera que no existen mejores libros en el mundo y, emocionado, cuenta que:

cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y

rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas; a lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, que querría estar oyéndolos noches y días.

Lo mismo opina Maritornes:

A buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto.

A la hija de los venteros le gustan, sobre todo,

las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

Cuando el cura y el barbero quieren quemar dos de los libros del ventero porque “son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos”, el hombre dice: “antes dejaría quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros”. La imaginación y lo maravilloso son requisitos de la libertad; tan necesarios como el pan.

El arte de pensar

ESTAMOS AQUÍ, LEYENDO, y a la vez en algún otro o en algunos otros lugares, momentos y ocupaciones. Porque cada uno de nosotros lleva en su interior, todo el tiempo, en todo sitio, voces e imágenes que tumultuosamente reclaman su atención: recuerdos y proyectos; expectativas, esperanzas y temores; motivos de gozo... Sor Juana dialoga con una de estas voces: “Finjamos que soy feliz, triste pensamiento, un rato...”.

Cuesta trabajo acallar esos murmullos, velar esas memorias, esas fantasías interiores, para atender a lo que sucede aquí, en estas páginas que leemos. Cuesta trabajo concentrarse. Cuesta trabajo elegir, entre todos esos estímulos que nos reclaman, a cuáles prestar atención.

Voy a procurar hacer eso a un lado para concentrarme en lo que estoy tratando de escribir. Espero que también ustedes, cuando lo lean, puedan atender a lo que dice, aunque dejen en suspenso otros pensamientos: volveré enseguida a esa palabra.



En cuanto nacemos, tal vez antes, desde que empezamos a vivir en el vientre materno, vamos acumulando experiencias y conocimientos. Este bagaje, siempre en aumento, es lo que llamamos nuestra *idea del mundo*. Aunque no nos lo propongamos, vivimos cotejando a cada paso nuestro modelo íntimo del universo con lo que sucede fuera, para decidir qué debemos hacer: eso es *pensar*. Al mismo tiempo, y eso también es *pensar*, aunque no sea un acto voluntario, vivimos asediados por nuestros fantasmas interiores, que pueden asaltarnos sin que los hayamos convocado.

Lo que acontece en derredor nuestro, lo que aprendemos, sentimos e imaginamos va enriqueciendo nuestra percepción del universo y de la vida. En la medida en que vamos aprendiendo y acumulando experiencias, tenemos una idea del mundo más amplia, profunda, precisa. Mientras más exactamente reproduzca el mundo exterior, nuestro mapa interior será más útil. Organizar nuestra idea del mundo, ponerla en orden, es una forma superior de pensamiento.



Vivimos, a la vez, en un mundo propio, interior, y otro ajeno, exterior, que ya existía milenios antes de que naciéramos. El objeto de nuestra vida es explorar,

conocer, comprender y, hasta donde cada quien pueda, mejorar esos dos mundos.

El primer instrumento para intentarlo son los lenguajes: sistemas de signos que nos permiten aprehender lo que nos llega de fuera, expresarnos y comunicarnos. Las matemáticas, la música, los códigos de señales, la clave Morse son lenguajes. Hay un lenguaje de los colores y otro gráfico. Sobre todo, porque es el más amplio y preciso, hay el lenguaje por el cual llamamos lenguajes a todos los demás: el de las palabras, que se dicen y se escriben.

Hay también un lenguaje del cuerpo. Somos mundo interior, imaginaciones, recuerdos, proyectos, pensamientos... y también el cuerpo donde cada quien vive, como dice José Gorostiza, “Preso de mí, sitiado en mi epidermis / por un dios inasible que me ahoga...”. Vivimos encerrados en nuestra piel. El pensamiento nos permite trascender esa frontera.

Cuando decimos *pensar*, nos referimos sobre todo al esfuerzo que hacemos para prever, combinando voces, símbolos e imágenes de los lenguajes de que disponemos — dentro y fuera de nosotros —, cuáles serán las consecuencias de nuestros actos. En ese sentido, un pensamiento es un proyecto de acción. Para actuar bien tenemos que pensar bien. Y para pensar bien necesitamos que nuestra idea del mundo corresponda con la mayor exactitud posible al mundo real. Mientras más amplio y preciso sea nuestro mapa interior, mejor podrá guiarnos por el mundo exterior.

Por eso es importante educarse: ampliar las vivencias y ganar conocimientos sólidos. Por eso el arte hace tanta falta como las ciencias y la tecnología. Cuando leemos una obra literaria, vemos una película, escuchamos música, asistimos a una función de danza, nos acercamos a las artes plásticas, viajamos, conversamos, estamos desdoblando nuestra capacidad de vivir; estamos viviendo otras vidas y asistiendo a otras maneras de ver y entender el mundo. Más todavía cuando dejamos de ser únicamente espectadores: no basta leer, hay que escribir; no basta ver lo que otros pintan o bailan, hay que pintar, tallar madera, dejarse llevar por la música, tocar un instrumento... No basta escuchar, hay que tomar la palabra.

Por eso es importante *saber*; encontrar placer en extender y profundizar los conocimientos. Estudiar no para pasar un examen, sino para no olvidar, explorar, conocer y entender mejor el mundo.

Las tecnologías, las ciencias y las artes no se excluyen unas a otras. Es probable que la mayoría de los estudiantes acaben por ser especialistas. Pero profundizar en una rama del conocimiento no está reñido con tener otros campos de interés, de estudio, de práctica y de investigación. Ser ingeniero no impide saber de ópera y poesía. Ser novelista no es obstáculo para interesarse en la robótica y la botánica. Hay abogados que son expertos en teatro y química, y agricultores que entiendan de arqueología y medicina.

Sin desdeñar el ejercicio ni los deportes pues, como dije, somos intelecto, sensibilidad e imaginación, pero también somos cuerpo, y también el cuerpo necesita ser cultivado.



Muchas veces pensamos con el cuerpo. Traducimos en acciones una serie de imágenes mentales, sin interrumpir su secuencia. De puntas en la orilla de la plataforma de diez metros, el clavadista extiende los brazos y se concentra. Está repasando intensamente las imágenes de lo que su cuerpo tiene que hacer. Cuando se desprende de la plataforma, los movimientos que ha mecanizado en los entrenamientos se producen uno tras otro en una secuencia vertiginosa. Allí en el aire no hay tiempo para meditar. Eso se hizo antes, durante los meses, los años de aprendizaje, cuando el cuerpo fue traduciendo en reflejos las evoluciones de cada figura en el aire. Lo mismo ocurre con la gente que danza. Diego Rivera decía que se había sentido pintor cuando sus manos comenzaron a moverse por ellas mismas, sin necesidad de que él conscientemente las dirigiera.

Todos, aunque no seamos clavadistas ni trapevistas, cada día, cuando manejamos un automóvil, escribimos en la computadora, bailamos, repetimos muchos actos rutinarios sin decidirlos en forma consciente; actuamos así. Los cuerpos piensan y actúan por su

cuenta, y sus evoluciones pueden decidir una vida. Como regalo en el sexto o séptimo cumpleaños de su hija, una madre de recursos escasísimos la llevó al ballet en el teatro más importante de la ciudad. Deslumbrada por los mármoles y las luces y la orquesta, pero mucho más por lo que había visto hacer a las bailarinas, esa noche la niña decidió dedicarse a la danza: se llamaba Ana Pavlova.



Es más frecuente que pensemos con palabras: una leve vibración del aire o del pensamiento; sonidos, imágenes, símbolos, ideas. Sus consecuencias, sin embargo, pueden ser trascendentes.

Imaginen que cualquiera de nosotros se reúne con dos o tres amigos, en una cafetería, a tomar café. Alguien pide crema, azúcar, una pieza de pan o un pastel. Imaginen ustedes lo que provocan esas sencillas palabras. Lo que ha sido necesario para que el mesero cumpla con el pedido que hemos hecho. Los tal vez cientos de hombres y mujeres cuyo trabajo ha sido necesario para cultivar, procesar, distribuir y vender el café, el azúcar, el trigo; para criar y ordeñar las vacas; para fabricar la crema... La orden que damos pone en movimiento una multitud de campesinos, obreros, vaqueros, estableros, contadores, choferes, comerciantes, publicistas... Es como un conjuro de cuento.

Imaginen ustedes las consecuencias, muchísimo más amplias y graves, que tienen las palabras con que se piensa y se ordena —ya dije que *pensar* es siempre un proyecto para *actuar*— cerrar una fábrica, aumentar o reducir el precio del petróleo, desencadenar una guerra... O abrir una escuela, construir una presa, fundar una empresa... No nos sorprenda que se atribuya a las palabras un poder mágico. Decir *ábrete sésamo* abría la cueva de Alí Babá; en el Génesis basta la palabra de Dios para dar forma a la Creación.

En boca de charlatanes ese prestigio constituye un peligro; se llega a creer que basta decir algo para que esté realizado. Se olvida que al pensamiento, a la palabra, tiene que seguir la acción —en los mitos, las leyendas, los cuentos, pronunciar una palabra muchas veces equivale a la acción misma.



Para actuar bien hay que pensar bien. Y, ya que pensamos con palabras, para pensar bien hay que saber ordenarlas y hay que anticipar sus consecuencias. Para pensar mejor, conviene conocer más palabras. Por eso hace falta un país de lectores que sean capaces de producir textos, de escribir. Por eso es tan importante apropiarse de la lectura y la escritura —las que se hacen por el mero gusto de leer y de escribir, además de las que se hacen por necesidad o por obligación— y convertirlas en actividades de todos los días.

Pensar es, pues, probar diversas formas de ordenar las palabras y decidirnos por alguna de ellas. A lo largo de la historia se han ensayado ciertas recetas para pensar.

Aristóteles, en el siglo III antes de Cristo, afirmó que existen ciertos principios que se conocen de manera intuitiva y que no necesitan demostración. Por ejemplo, que no es posible que algo sea y al mismo tiempo sea su contrario; que una taza de agua hierva y a la vez se congele; o que se proclame la libertad de expresión y al mismo tiempo se establezca la censura. Otro de estos principios dice que dos cosas iguales a una tercera son necesariamente iguales entre ellas.

Este gran hallazgo de Aristóteles —uno de muchos—, la lógica, el arte de pensar mediante razonamientos que se van encadenando y que llamamos silogismos, es tan poderoso que dominó el trabajo intelectual de Occidente durante más de mil años, desde los días de la antigua Grecia hasta los del Renacimiento.

La lógica sigue siendo útil para ciencias como el álgebra, donde cada palabra tiene un significado preciso e invariable. Pero tiene un inconveniente: en manos expertas, los silogismos pueden convertirse en sofismas, en pensamientos que siguen las leyes de la lógica, pero que llevan a conclusiones falsas. Cuando la lógica empieza a operar como un mero ejercicio intelectual, en el terreno del pensamiento puro, puede olvidarse de la realidad. Puede convertirse en un juego de palabras donde es posible probar cualquier cosa.

Tampoco es de mucha utilidad en las ciencias de la naturaleza, la economía, la política, los sentimientos, todo ese inmenso territorio donde las palabras no siempre significan lo mismo y donde la cantidad de variables en juego es infinita.

Un silogismo o un sofisma clásicos tienen dos premisas y una conclusión. Por ejemplo: 1) Todos los estudiantes de física son calvos. 2) Claudia y René estudian física. Así que, 3) Claudia y René están calvos. Esto puede no ser cierto, pero desde el punto de vista de la lógica es impecable. ¿Nos damos cuenta de sus peligros?



Uno de los más exitosos reformadores de Aristóteles fue el francés René Descartes, quien vivió de 1596 a 1650. Descartes propuso un método para razonar, dividido en varios pasos:

- 1) No admitir como verdadero nada sin asegurarse de que lo es, evitando las prisas y los prejuicios. (A Descartes no le habría bastado que se dijera que todos los estudiantes de física son calvos: habría ido a revisarlos, muchachas y muchachos, uno por uno, sin prisas ni prejuicios, hasta asegurarse de la verdad o de la falsedad de lo dicho.)
- 2) Dividir cada una de las dificultades que se van a examinar en tantas partes como sea posible y como haga falta.

- 3) Llevar con orden los pensamientos, de los más simples y fáciles de conocer hasta los más complejos.
- 4) Revisar todo lo hecho para asegurarse de que no falta nada.

Después de todo eso, Descartes llega a una conclusión que nos puede parecer sorprendente: “La verdad no depende de ninguna experiencia externa a nosotros mismos. El método es una serie de reglas de sometimiento de la mente a sus propias leyes”.

Seguimos usando la forma de razonar de Descartes en las matemáticas, la mecánica, la astronomía, algunos aspectos de la física. Pero no cuando se trata de química, biología, economía, política, donde hay factores que se oponen al método cartesiano. En estos terrenos es difícil evitar la precipitación y los prejuicios: nuestra sociedad vive con prisa. Se habla de lo que no se conoce, se repiten rumores que no nos constan. Y vivimos impulsados por prejuicios. Lo que coincide con nuestros intereses, con nuestras opiniones, con nuestras pasiones, nos parece verdadero. Lo que se opone a nuestros puntos de vista nos parece falso y nos molesta.



Aristóteles y Descartes abrieron caminos que seguimos recorriendo cuando se trata del razonamiento puro.

Pero las leyes de la naturaleza y del comportamiento de los seres humanos escapan a esa forma de reflexión. El instrumento más importante que ha guiado los pensamientos de la humanidad en los últimos tres siglos, el instrumento que explica el asombroso desarrollo de las ciencias y las tecnologías, el desciframiento del genoma humano y la realidad de los vuelos espaciales es lo que llamamos el método científico o experimental.

Este método no contradice los de Aristóteles ni Descartes pero, a diferencia de estos sistemas, parte no de los razonamientos mismos, sino de los hechos, tal como se producen en el mundo real.

El método experimental es tan antiguo como la humanidad. Al través de sus pasos los seres humanos domesticaron las plantas, aprendieron a criar especies animales, desarrollaron tecnologías como la del barro cocido, los textiles, el trabajo de los metales y la fabricación de bebidas fermentadas o destiladas.

En 1620, un humanista inglés, Francis Bacon, publicó en Londres el *Novum organum*. En esta obra, a partir de las nuevas tendencias de la ciencia en su tiempo, propuso un método lógico ordenado de lo particular a lo general, y dejando de lado el camino opuesto, de lo general a lo particular. Bacon sistematizó principios que en ese momento ya seguían otros hombres de ciencia, como Vives, Agripa, Copérnico, Kepler, Galileo. Con eso organizó una metodología, una manera de trabajar, propia de la ciencia.

Aunque Bacon era más un escritor que un científico, supo señalar el rumbo por donde estaba avanzando la ciencia. Había que partir de la observación minuciosa de los fenómenos naturales, e ir pasando de manera continua y progresiva a proposiciones cada vez más generales, en busca de los principios universales. Para ser aceptados, los dogmas de los autores antiguos debían ser sometidos a un proceso de comprobación.



El prodigioso desarrollo tecnológico y científico de la humanidad descansa en esa particular manera de pensar que es el método experimental. Claude Bernard, un médico francés del siglo XIX, dijo que este método consiste “en someter metódicamente nuestras ideas a la prueba de los hechos”. Las observaciones sugieren hipótesis sobre los fenómenos. Para verificarlas, se realizan nuevas observaciones, en condiciones distintas. Si entre causa y efecto se observa una relación constante, se habrá descubierto algo. Por supuesto, si se piensa mal, es posible cometer errores.

Un hombre tomaba ron con jugo de toronja y se emborrachaba. Decidido a averiguar la causa de sus trastornos, cambió el ron por vodka, y después por tequila... seguía emborrachándose, así que llegó a una conclusión científica: el jugo de toronja produce embriaguez. Si hubiera sido más astuto, habría experimentado de

otra manera: el ron, el vodka, el tequila lo habrían emborrachado con cualquier otra mezcla, y aun solos.

Un sabio es alguien que, de sus observaciones y de sus experiencias, obtiene hipótesis sobre las relaciones constantes de los fenómenos. Si sus hipótesis son confirmadas por todas las experiencias que le sea posible imaginar, las considerará, en principio, como leyes de la naturaleza.

El método que consiste en observar los fenómenos, sacar de esas observaciones hipótesis, experimentar para verificarlas, abandonarlas si no pueden ser comprobadas y regular nuestra conducta por leyes que parecen ser estables, ha producido resultados prodigiosos. Nos ha permitido incrementar nuestro tiempo de vida y multiplicar las cosechas; volar sobre los mares y extender sobre la Tierra la Internet; explorar los límites del universo y asomarnos a los mecanismos que rigen la vida.



Lo que esa manera de pensar no ha logrado darnos es más felicidad. No ha terminado con la violencia, con la ignorancia ni con la desigualdad. No ha puesto fin al hambre de millones de seres humanos. No ha traído al mundo justicia ni paz.

Es fácil entender por qué. La experimentación exige un sistema cerrado que pueda ser aislado artificialmente. Pero esto es imposible cuando se estudia una sociedad.

La experimentación exige que la experiencia pueda ser recomenzada y confirmada por otros investigadores. Y también esto es imposible cuando estudiamos grupos humanos. El método experimental exige el desinterés del experimentador. Pero cuando las reacciones y las pasiones de personas muy poderosas están en juego, como ocurre en la economía o en la política, las teorías más contradictorias pueden, todas ellas, encontrarse apoyadas por los hechos.

En economía y en política, cada experiencia consume el tiempo de varias generaciones. Estamos ante ciclos demasiado costosos para ser puestos en marcha voluntariamente; demasiado vastos para observarlos en conjunto; demasiado confusos para aportar una enseñanza a las generaciones futuras, cuya situación no será jamás exactamente la misma.

La verdad política, la verdad económica, la verdad del dirigente y del empresario, tienen que ser descubiertas por métodos que no son únicamente los de la ciencia. El razonamiento puro, el método experimental, no pueden ser las únicas guías de un gobernante ni de un hombre de empresa.

El sueño del hombre o de la mujer de acción sería volver a encontrar, en casos mucho más complejos, la seguridad del instinto, la seguridad de quien piensa con el cuerpo. Para el hombre o para la mujer de acción, el arte de pensar sería el arte de transformar el pensamiento en instinto. No

significa esto que haya que menospreciar la razón. Hay que meditar, hay que observar un gran número de hechos, hay que haber deducido algunas leyes. Pero esa meditación, esas observaciones, esas leyes tienen que estar asimiladas, interiorizadas en su cuerpo. Solamente entonces el dirigente, el empresario, el conductor de pueblos podrán tomar sus decisiones con la rapidez que exigen los acontecimientos.

Los hombres y las mujeres de acción mediocres confundirán la información con la cultura. Tendrán a la vista estadísticas, informes, análisis... y se equivocarán. En el espíritu de un hombre o de una mujer cultos los hechos, los datos aislados se hallan organizados para formar un mundo viviente, imagen del mundo real. Según dice André Maurois, los grandes hombres y mujeres de acción se encuentran más cerca del poeta que del erudito. Para un hombre, para una mujer de acción, para un dirigente, el pensamiento se confunde con el acto, como para el poeta se confunde con la imagen. El razonamiento, la experiencia y la acción son todos igualmente necesarios y se apoyan unos a otros.

Quizás, cegados por sus éxitos innegables, hemos confiado más de la cuenta en el método experimental. Tal vez hace falta, para el siglo **xxi**, ensayar otras maneras de pensar.

Alguna vez escuché al educador Pablo Latapí exponer una visión luminosa de la educación que nos haría falta para llegar a formas de pensamiento que nos

lleven a un futuro libre de miseria, hambre, ignorancia y violencia. Glosó enseguida las palabras de Latapí:

A partir de un imaginario colectivo que afirma la razón como lo específico del ser humano, los sistemas educativos privilegian el conocimiento racional y su principal propósito ha sido formar seres humanos adaptados a la producción. ¿Y lo demás? ¿No debiera la calidad educativa reflejar la calidad de vida? Una cosa es la información, otra el conocimiento que procesa, comprende y argumenta, y otra la sabiduría, y es esta última la que incluye la búsqueda del sentido de la vida humana y de las otras pocas cosas que de veras importan.

¿Qué sistema educativo educa hoy para comprender el dolor?, ¿cuándo se nos educó para la ternura, la comprensión del otro, dominar la angustia o disfrutar la belleza?, ¿cuándo para afirmar la esperanza o para enfrentar la muerte con entereza? Y en la formación ética, no olvidemos que las éticas no terminan en la justicia; ahí empiezan. Si son humanas no pueden ignorar el mundo de la gratuidad, del don y del regalo, de la esperanza cuando el horizonte se cierra, del consuelo necesario en toda vida. ¿Nos educamos para esto?

Somos más que conocimiento. La calidad de la vida no es sólo material. Somos sentimiento, vibración ante la belleza, pasión, ternura y piedad, comprensión del otro y afirmación de destinos compartidos. Esto es lo que tendríamos que recuperar de cara al siglo XXI. El “otro” lóbulo cerebral, el reprimido, el del ámbito

simbólico, el de los mitos y los ritos, el de los signos, los sentimientos y presentimientos, el del ansia de trascendencia, las interpretaciones de la realidad, los mundos infinitos de la poesía y la música.

Y no hemos dado a esos ideales una oportunidad. Las “actividades artísticas” ocupan en la educación básica una hora semanal, marginal del currículo —la lectura ha perdido todo espacio propio; es ahora parte de la asignatura de español—, y aunque hablamos de “educar en valores”, nuestros esfuerzos no pasan de ser tímidas aproximaciones.

Nos hacen falta reformas radicales, principalmente en la formación de los profesores. Reformas que sólo podrían ser emprendidas si las realizan voluntarios y si están exentas de las trabas burocráticas y las normatividades convencionales.

Pienso en propuestas orientadas hacia el conocimiento, que de ninguna manera hay que excluir; y en otras en las direcciones del desarrollo no racional del ser humano.

Si fuéramos secretarios de Educación, le daríamos hoy una buena oportunidad al pensamiento utópico y, aunque fracasáramos, nos quedaría la satisfacción de haber abierto horizontes a las generaciones que vienen atrás de nosotros.



Yo creo que, aunque no seamos secretarios de Educación, podemos aprovechar el pensamiento de Pablo Latapí. Que podemos humanizar nuestra vida reconociendo que “Somos más que conocimiento. La calidad de la vida no es sólo material. Somos sentimiento, vibración ante la belleza, pasión, ternura y piedad, comprensión del otro y afirmación de destinos compartidos”. Reconozcamos que nos hace falta descubrir el placer de aprender, y recordemos que Thomas Jefferson insistía en que la democracia en un país sin educación no sirve para nada.

Se nos ha querido hacer creer que la educación —principio de todos los conocimientos, de las ciencias, las tecnologías y las humanidades— puede ser de mayor calidad si se llevan al salón de clase las nuevas tecnologías, y se nos quiere hacer olvidar que en un aula la pieza tecnológica más importante es el maestro. Se dice que en el mundo globalizado el maestro tiene que abandonar su papel de poseedor del conocimiento para convertirse en guía de los intereses fluctuantes de los alumnos. Bueno, eso es lo que siempre ha sido un buen maestro y esos son los maestros que tenemos que preparar. Sócrates fue esa clase de maestro antes de la Internet, los pizarrones electrónicos y ni siquiera la imprenta. Nos hacen falta maestros que, como Juan de Mairena, el personaje de Antonio Machado, estén dispuestos a dudar de cada palabra que pronuncien.

En nuestro tiempo, más que en ninguno otro, la capacidad crítica, el gusto por la duda, la osadía de imaginar lo que no existe, se encuentran en la raíz misma del arte de pensar. En nuestro tiempo, como en cualquier otro, la mejor forma de avanzar en el pensamiento abstracto, el pensamiento crítico y el pensamiento utópico es enfrascarnos, día tras día, en esa conversación a distancia, con pensadores de cualquier tiempo y cualquier sitio de la Tierra que nos brinda la lectura.

Inteligencias, lenguaje y literatura. Apostillas

El lenguaje modela al espíritu, que a su vez modela al lenguaje. Nuestro modo de hablar es nuestro modo de ser. El espíritu sólo puede ampliarse en términos de lenguaje.

Juan José Arreola, *La palabra educación*.

DE ANTIGUO SABEMOS que hay variadas maneras de ser inteligente. Lo sabía don Quijote cuando juzgó a Sancho como un mentecato capaz de las mayores discreciones; lo sabía sor Juana cuando, obediente a “una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición”, dejó de lado los libros y siguió estudiando “en todas las cosas que Dios creó”, observando el juego de dos niñas, los movimientos de un trompo, trabajando en la cocina; lo sabían todos los pícaros ilustres que terminaron en novela, del Lazarillo de Tormes al Periquillo sarniento—lo sabemos de algunos criminales que a veces nos gobiernan, menos graciosos pero no menos inteligentes, pues la inteligencia puede servir al mal—.

Las inteligencias pueden definirse como la capacidad de identificar, localizar, imaginar, asimilar, organizar, almacenar información y utilizarla cuando hace falta para resolver problemas, para dar una respuesta a las circunstancias del momento —costumbre de los seres humanos, los animales y las computadoras—. Tal información procede de cuanto nos rodea, lo que sabemos, lo que hemos vivido, nuestros procesos interiores. La trabajamos lo mismo al través del instinto y la intuición que de la razón, la atención, la memoria, la inferencia, la anticipación...

A partir de la dotación genética y las experiencias de cada persona, las inteligencias se construyen. En el proceso tiene un papel preponderante el lenguaje, instrumento primordial para formar y extender la conciencia, aprender e indagar, organizar la experiencia, expresarnos y comunicarnos.

En *Frames of Mind*, de 1983, Howard Gardner, de la Harvard Graduate School of Education, avanzó en la exploración de esa vieja verdad: no hay una sola inteligencia. Como si fuera un homenaje a Fellini —la película es veinte años anterior—, tipificó ocho y media inteligencias: lingüística-verbal, lógica-matemática, visual-espacial, musical, intrapersonal, interpersonal, naturalista y existencial —esta última, relativa a la vida y a la muerte, vale por una y media—.

Sus colegas alargaron la lista. Hoy se habla también de inteligencia emocional, corporal, espiritual... Todas ellas se dan en cada persona, en distintas proporciones.

De algún modo lo que llamamos inteligencias constituyen un desarrollo de la conciencia, de la capacidad de percibir las dimensiones del yo y sus relaciones con los otros, con el mundo.

El desarrollo de la conciencia es consecuencia del empeño del cerebro humano para conocer el mundo y comunicarse consigo mismo. Los instrumentos para hacerlo son la percepción sensorial, el movimiento y el lenguaje, hablado y escrito. Para conocer el mundo, del que formamos parte, hace falta nombrarlo. El desarrollo de la conciencia y de las inteligencias puede verse como un efecto del desarrollo del lenguaje, que culmina con sus usos literarios, orales o escritos.

Mucho antes de la creación de la escritura alfabética, aquellos seres humanos que comenzaron a emplear dibujos, líneas y puntos para exteriorizar sus imágenes mentales pusieron en marcha una revolución de la conciencia que aceleró su evolución.

Esa manera del lenguaje que es la escritura —aun en sus formas más simples— hace posible fijar fuera de nosotros las nociones, los conocimientos, las ideas, los deseos, los temores, los movimientos interiores. Mediante un proceso de abstracción progresiva, les da una forma visible. Los dibujos fueron pasando a ser pictogramas, ideogramas, cada vez más abstractos, hasta quedar convertidos en los signos de la escritura alfabética.

Con la escritura nació el sueño fáustico: registrarlo todo, saberlo todo, tener toda la información. De las

primeras marcas en la arena, en los troncos de árboles, la piedra, la arcilla, el papel, hasta el ciberespacio; de las pinturas rupestres a pirámides códice, como la de Xochicalco, a las bibliotecas, la *Enciclopedia*, las bases de datos... hay un mismo esfuerzo esperanzado: queremos seguir viviendo, conservar todos los rastros, que nada se pierda. El instrumento básico sigue siendo el mismo, el lenguaje, la escritura.

¿Somos más inteligentes que nuestros antepasados? No lo creo. Tenemos un acervo de información mayor; trabajamos a partir de lo que todas las generaciones anteriores han acumulado. Pero cada niño que nace tiene que desarrollarse, tiene que desplegar sus capacidades, tiene que construir sus inteligencias.

Por eso, aunque entre todos seamos capaces de tanto —también se habla de la inteligencia colectiva—, tantas personas tienen problemas para aprender, razonar, recordar, imaginar, crear... Y no hemos conseguido dejar atrás problemas tan viejos como la especie: la ignorancia, la miseria, la violencia, la explotación.

Llega más lejos quien puede trascender el pensamiento lineal, secuencial, y alcanza el pensamiento simultáneo. Quien es capaz de atar cabos sueltos y trazar mapas mentales más amplios.



En 1995 otro maestro de Harvard, Daniel Goleman, publicó un inmediato *best-seller* mundial, *Emotional Intelligence*: habló de la capacidad para reconocer los sentimientos propios y los ajenos, y la habilidad para negociar con ellos.

La inteligencia emocional comprende el control de los impulsos, la motivación, el entusiasmo, la perseverancia, la empatía, la agilidad mental...

A partir de los años treinta del siglo pasado, los trabajos de Piaget propusieron que en sus dos primeros años de vida un niño traba su conocimiento del mundo a través de los sentidos y del movimiento, del aprendizaje sensomotor. El movimiento es en ese momento una manera primordial de construir la experiencia y las inteligencias, y lo seguirá siendo, a lo largo de la vida; esta forma de inteligencia culmina, por ejemplo, en las manos de un pintor —Diego Rivera decía que eran autónomas, que se movían por su cuenta— o en el cuerpo de Neymar, que no necesita del pensamiento consciente para ir sorteando adversarios sin perder el balón.

Tres décadas después, Bruner propuso que en la etapa del desarrollo sensomotor se fijan dos sistemas de representación: uno basado en la identidad movimiento-percepción, que él llama enactivo (*enactive*), de naturaleza secuencial; el otro, que no requiere del movimiento, se funda en la capacidad de reconocer imágenes y ofrece la oportunidad de la simultaneidad; él lo llama icónico (*iconic*).

Hay un tercer modo de representación, que Bruner llama lingüístico. También dijo simbólico, pero a partir de Cassirer hemos aceptado que un símbolo es algo más amplio de lo que antes se acostumbraba, y con esa perspectiva los tres sistemas de Bruner resultan simbólicos; un símbolo es arbitrario, artificial, producto de la cultura.

A medida que un niño se va apropiando de ese tercer modo de representación, del lenguaje que se habla y se escribe en su derredor, va adquiriendo un instrumento que le permite organizar y ampliar el conocimiento y la idea del mundo que comenzó a estructurar con los dos sistemas de representación iniciales, el enactivo y el icónico.

Ese instrumento, el lenguaje, le permite construir y extender su conciencia; distinguirse de los demás, reconocerse como individuo y predecir lo que está a punto de suceder —vivimos anticipando lo que podemos esperar de cuanto nos sucede o vamos haciendo—; leer el mundo y tener una idea del lugar que en él ocupa.



Los seres humanos somos entes de lenguaje. Nos construimos con palabras. Estamos hechos de palabras. Las creencias, ideas, conocimientos, imaginaciones, recuerdos, relaciones son palabras. Con palabras guardamos la memoria del pasado y proyectamos el

futuro. Con palabras sentimos, sabemos, creemos y razonamos. La realidad se extiende más allá de nuestro conocimiento, pero entra a formar parte de nuestra conciencia sólo aquello que somos capaces de traducir en palabras. Para cada uno de nosotros existe sólo lo que cada uno pueda nombrar.

El dominio del lenguaje lleva implícitos los límites de la capacidad que cada quien tiene para razonar, sentir, creer e imaginar, lo que equivale a decir, de *nuestras inteligencias*. Pensamos, sentimos, creemos e imaginamos con palabras —un músico lo hace con sonidos; un matemático con relaciones numéricas: en ambos casos se trata de otros lenguajes—.

El habla es un hecho familiar, cotidiano. Parecería ser tan natural como caminar. Pero no es así. Caminar es un resultado de la herencia biológica. Todo niño se arrastra, gatea, se incorpora, camina de la misma manera que todos los seres humanos han caminado. Para hablar y escribir, un niño necesita tener en torno suyo gente que hable y escriba; hablará y escribirá de acuerdo con la lengua que utilicen quienes están en su derredor.

El lenguaje es una herencia cultural, histórica, un hábito social que modela la primera de las formas de inteligencia que Gardner separó, la lingüística-verbal. Como todos los bienes culturales, el lenguaje evoluciona, cambia con el tiempo, se transforma.



Dice Edward Sapir (*Language. An Introduction to the Study of Speech*, 1921) que

las lenguas son algo más que meros sistemas de transmisión del pensamiento. Son las vestiduras invisibles que envuelven nuestro espíritu y que dan una forma predeterminada a todas sus expresiones simbólicas. Cuando la expresión es de extraordinaria significación, la llamamos literatura.²

Explica Sapir que hay una dependencia formal de la literatura en relación con cada lenguaje, a que

el principio que determina el verso griego y el latino es el contraste de valores cuantitativos; el que determina el verso inglés es el contraste de acentos tónicos; el del verso francés [y español] es el número de sílabas y la rima, y el principio que determina el verso chino es el número de sílabas, la rima y el contraste de entonación. Cada uno de esos sistemas rítmicos procede de los hábitos dinámicos inconscientes de la lengua respectiva, tal como ésta sale de labios del pueblo.

² Cito de la traducción de Margit Frenk y Antonio Alatorre, *El lenguaje*, publicada por el Fondo de Cultura Económica, 1954.

El lenguaje es en sí mismo el arte colectivo de la expresión, la suma de miles y miles de intuiciones individuales. El individuo se pierde en la creación colectiva, pero su expresión personal deja alguna huella en ese margen de libertad y de flexibilidad inherente a todas las obras colectivas del espíritu humano. El lenguaje es siempre capaz de dar expresión a la individualidad del artista.

La literatura, la forma más evolucionada y compleja del lenguaje, nos humaniza, nos construye, contribuye de manera decisiva a formar nuestras múltiples inteligencias.

El principio y el fin

PUESTOS DE PIE en la orilla del tiempo, hoy tal vez con mayor conciencia que nunca, porque estamos iniciando un siglo y un milenio; llegados a un momento en que es urgente realizar reformas profundas en nuestra sociedad, en nuestro país, en nuestro planeta, hoy tal vez con mayor sentido que nunca, porque nos sabemos acosados por múltiples crisis; orillados a imaginar un país y un planeta futuros —pero el futuro comenzó hace unas horas, con la primera luz de esta madrugada—, que sean capaces de vencer viejos y grandes enemigos del hombre, como la pobreza, la violencia, la injusticia, la enfermedad, no está de más recordar que en el origen y en el fondo de todas nuestras crisis, de todos nuestros conflictos, de todas nuestras debilidades, subyace siempre una crisis de educación. No está de más confirmar que no hay mayores males que la ignorancia y la falta de formación.

Nos urge mejorar nuestra formación y nuestra educación, para hacer más amplia y profunda la conciencia; para explorar, conocer y transformar el mundo, con toda su compleja vastedad de seres, acontecimientos y datos; para poner en orden la experiencia; para acercarnos a nuestro ideal de una vida productiva y feliz. Es posible que sea ésa la encomienda que da sentido a nuestra vida: penetrar en los ocultos pasadizos de nuestro laberinto interior; adiestrarnos en la percepción y en el manejo de lo que nos rodea; dejar una huella a nuestro paso.



Un solo instrumento, el lenguaje, nos da, en su forma más clara, la conciencia y el conocimiento del mundo.

Porque estamos hechos de palabras. Nos expresamos y nos comunicamos con palabras. Son palabras las ideas, las creencias, los sentimientos y los pensamientos. Son palabras las leyes, las ciencias y los compromisos. Son palabras los recuerdos, los proyectos y los sueños. Hacemos amigos, trabajamos y nos divertimos, aprendemos y enseñamos con palabras.

Por eso mismo, nada hay más básico, más necesario, más urgente para la formación y la educación que el dominio del lenguaje. Ese es el primero de los aprendizajes que todo ser humano requiere. Decir lenguaje es decir la voz y la escritura; la capacidad

de entender lo que se escucha y entender lo que se lee; de decir y escribir lo que deseamos expresar o comunicar. El lenguaje, hablado y escrito, es el instrumento indispensable para formar la conciencia y ordenar la experiencia; para conocer el mundo y poder transformarlo.



Quienes trabajan con niños discapacitados tienen una evidencia dramática de lo que digo en el desarrollo dolorosamente desigual de las personas sordas y ciegas de nacimiento. ¿Por qué el niño sordo se encuentra en una clara desventaja respecto al niño ciego? Porque el segundo entra en contacto con el lenguaje, al través del oído, desde su primer día de vida, mientras que para el primero el lenguaje es una experiencia necesariamente más tardía. Útiles como son, las técnicas de estimulación para el niño sordo —hasta donde he podido averiguarlo— no pueden darle una experiencia de lenguaje suficientemente amplia e inmediata.

Un niño ciego de nacimiento tendrá mayores posibilidades de formar y profundizar su conciencia, de tener un conocimiento del mundo, entre otras cosas, porque tendrá mayores posibilidades de ser un lector y disponer, al través de la lectura, de un dominio más amplio y suficiente del lenguaje.



Un ejercicio a fondo del lenguaje, hablado y escrito, exige una intensa comunicación oral; multiplicar las oportunidades de escuchar y de hablar, de leer y de escribir; de jugar con las palabras, de examinarlas, compararlas, escogerlas. Exige también, más allá de la alfabetización y de la instrucción con propósitos meramente utilitarios, ser formado como lector. No nos bastará, en el siglo **xxi**, con ser un país alfabetizado; hará falta ser un país de lectores capaces de producir textos. Y lectores, se entiende, quiere decir lectores de temas tan varios como las necesidades, los intereses y las curiosidades que tenemos y, al mismo tiempo, lectores de literatura, que es la expresión más compleja, más rica, más alta, más diversamente estructurada del lenguaje. Ser lector de obras literarias es la única manera de ser real y eficazmente lector —de literatura y de todo lo demás—.

Está alfabetizado quien puede leer y escribir con fines pragmáticos, como estudiar o trabajar o seguir un instructivo.

Ser lector significa, además de eso, haber descubierto que los libros nos cuentan historias, nos acompañan, nos consuelan y dan consejo; nos llevan a conocer lugares y personas. Que los libros abren espacios para dialogar, oportunidades de conocer ideas y avizorar nuevos horizontes. Que los libros son

caminos por donde cada quien marcha a su paso. Ser lector significa haber hecho de la lectura una actividad de todos los días, una manera de aprender, pensar y crecer; de profundizar en la comprensión del mundo y de la vida. Haberse apropiado del lenguaje escrito para satisfacer las propias necesidades de expresión y de comunicación.



La mayoría de los niños descubre que los libros existen al llegar a la escuela. Para ese momento ya han pasado cada día de sus tres, cuatro, cinco años ante un televisor. Su experiencia del lenguaje no incluye el lenguaje escrito; consiste sobre todo de las formas estereotipadas, empobrecidas y envilecidas que predominan en los programas de televisión.

Los niños deberían llegar al lenguaje escrito al mismo tiempo que a la tele. No importa cuánto entiendan, como sucede ante lo que ven y lo que escuchan en el televisor. A fuerza de estar en contacto con los libros los irán comprendiendo, así como van comprendiendo lo que sucede en la pantalla. Los niños necesitan libros en casa y en los primeros niveles escolares: la educación inicial, el preescolar.

Hace falta comprarles libros. Los libros no deben pertenecer sólo al ámbito escolar. Ni siquiera deben ser *sobre todo* de la escuela. Los libros son, ante todo, de

las personas; es decir, cada persona es dueña de ciertos libros que la acompañarán a lo largo de la vida, porque son parte suya. Para hacernos en verdad lectores nos hace falta aprender a comprarlos. Hay libros que se pueden leer y consultar tomándolos prestados en la escuela o en una biblioteca pública; pero hay otros que nos hace falta tener a la mano, en un librero, en el lugar donde trabajamos, debajo de la almohada.



Para orientarse hacia el ideal de ser completas, la formación y la educación exigen, además de los libros —y la televisión—, entre otros recursos —y eso es algo que hemos brutalmente relegado—, como un método de crecimiento y maduración, cultivar esas capacidades y destrezas que surgen y se perfeccionan solamente al través de la práctica de las artes —en su más amplio sentido—. Cultivar eso que se forma en el lector con la lectura y la escritura; eso que únicamente la interpretación y la composición le dan al músico; eso que el pintor, el ceramista y el escultor desarrollan solamente con su trabajo; eso que crece en la gente que danza con la danza; eso que aprende la gente de teatro con el teatro. Tales capacidades y destrezas no está bien que sean patrimonio exclusivo de los profesionales del arte; deberían encontrarse al alcance de una población cada día más amplia; al alcance de todos.

Antes que un espectáculo, la cultura y el arte, los oficios que reclaman el equilibrio entre las manos y la emoción deberían ser una actividad y un ejercicio al alcance de todos; una manera de ocupar el tiempo de que todos puedan disponer.

Pero no olvidemos que esa educación y esa formación que aspiran a ser completas, que incluyen la experiencia de las artes y los oficios de las manos y que son la base necesaria de un desarrollo humano integral, de la democracia, la justicia y la equidad, del progreso de las ciencias, el cuidado de nuestro medio y el desarrollo de las personas y de las naciones, comienzan con el dominio del lenguaje, hablado y escrito.

En el principio era el verbo. También en el fin.

Sólo nosotros podremos salvar el mundo

En la prepa 20 de la U de G, en Guadalajara;

28 de agosto de 2015.

QUERIDOS MAESTROS, TRABAJADORES, funcionarios de esta prepa, de escuelas hermanas, del sistema educativo de Jalisco, estado que tan completa y vigorosamente compendia los encantos, las fortalezas y las virtudes del país entero. Queridos bibliotecarios y promotores de la lectura y la escritura. Queridos estudiantes, a quienes en especial van dirigidas estas palabras porque ustedes anuncian un futuro que, en sus manos, seguramente será mejor. Me siento profundamente honrado al dirigirles la palabra. Y, al través de ustedes hablo también con mis amigos de Veracruz, de Nuevo León, de Baja California, de Tabasco y Yucatán y Michoacán y San Luis Potosí... y del enorme universo que forman quienes integran la comunidad de los CCH, particularmente el Plantel Naucalpan.

Hoy estamos de fiesta. Estamos reinaugurando una biblioteca más de las muchas que tiene la U de G. Una casa con libros para todos. Que lleve mi nombre

aniquila mi capacidad de agradecer. No tengo palabras para hacerlo. Sólo puedo ofrecerles que seguiré trabajando para hacerme merecedor de este privilegio.

Espero que ustedes estén tan contentos como yo. Porque quiero proponerles algo que puede sonar desmedido. Los quiero invitar a que nos ocupemos de salvar el mundo. Lo repito sin rodeos, fuerte y claro: sólo ustedes y los que en todo el país son como ustedes, pueden cambiar el mundo; sólo ustedes pueden salvarlo.

Si los alumnos de nuestras universidades, los bibliotecarios, los profesores, los promotores de la lectura y la escritura no sirven para eso, para salvar el mundo, entonces no sirven, quiero decir, no servimos para nada y no hay remedio, estamos condenados a la extinción.

Hoy más que nunca sentimos la urgencia de hacerlo, porque hoy nos sabemos acosados por múltiples amenazas; hoy estamos forzados a imaginar y a construir una comunidad, un estado, un país y un planeta que sean capaces de vencer a los más viejos y temibles enemigos de la humanidad: la pobreza, la violencia, la injusticia, la enfermedad.

Hoy sabemos que en el origen de todos nuestros conflictos, nuestras debilidades, nuestras deficiencias hay siempre una crisis de educación: es decir, una falta de formación y de instrucción. No hay ningún mal que sea mayor que la ignorancia y la falta de formación, de principios, de refinamiento social. De estas carencias surgen todas las demás.

Nos urge mejorar nuestra formación —nuestra escala de principios o, como también se dice, de valores— y nuestra instrucción. Nos urge alcanzar nuestro ideal de una vida productiva y feliz. Y somos los maestros, los padres de familia, los estudiantes, los bibliotecarios, los promotores de la lectura y la escritura, quienes podemos cambiar y salvar el mundo.



Un solo instrumento, un solo medio, el lenguaje, la lengua que hablamos y escribimos, nos permite edificar nuestra conciencia y el conocimiento del mundo.

Porque estamos hechos de palabras. Nos expresamos y comunicamos con palabras. Son palabras las ideas, las creencias, los sentimientos y los pensamientos. Son palabras las leyes, las ciencias y los compromisos. Son palabras los recuerdos, los proyectos y los sueños. Aprendemos y enseñamos con palabras. Palabras a las que siempre debe seguir la acción.

Por eso, nada hay más básico, más necesario, más urgente para la formación y la educación que el dominio del lenguaje. Ese es el primero de los aprendizajes que todo ser humano requiere. Decir lenguaje es decir habla, la voz y la escritura. El lenguaje, hablado y escrito, es el instrumento indispensable para formar la conciencia y ordenar la experiencia; para transmitir el conocimiento; para conocer el mundo y transformarlo.

Un ejercicio a fondo del lenguaje exige una intensa comunicación oral y escrita. Exige, más allá de la alfabetización y la instrucción con propósitos meramente utilitarios, ser formados como lectores que sean capaces de producir textos. No nos basta ya con ser un país alfabetizado; hará falta ser un país de lectores letrados, lectores capaces de servirse de la escritura. Lectores de una amplia variedad de ideas y formas de conocimiento, y también, por fuerza, de literatura, pues en la literatura se encuentra la expresión más compleja, más alta, más diversamente estructurada del lenguaje.

Estar alfabetizado significa tener la capacidad de emplear el lenguaje escrito con fines pragmáticos, como seguir un instructivo o buscar información.

Ser lector significa haber descubierto que, no importa el soporte en que se encuentren, los libros y otros textos son amigos que nos instruyen, nos cuentan historias, acompañan, consuelan y dan consejo; nos llevan a lugares remotos y nos permiten dialogar con personas de otros sitios, otras lenguas y otros tiempos. Que abren espacios para debatir, oportunidades de conocer ideas y avizorar nuevos horizontes. Que son caminos por donde cada quien marcha a su paso. Ser lector significa haber convertido la lectura en una actividad de todos los días, una manera de aprender, pensar y crecer; de profundizar en la comprensión del mundo y de la vida.

Ser un lector letrado significa, además, haberse apropiado del lenguaje escrito para satisfacer las propias necesidades de expresión y de comunicación.



En busca de hacerse completas, la formación y la educación exigen, además de los libros, como un método de maduración, cultivar esas capacidades y destrezas que surgen y se perfeccionan solamente al través de la práctica de las artes. Cultivar eso que se forma en el poeta y en el cuentista con la escritura; eso que únicamente la interpretación y la composición le dan al músico; eso que el pintor, el ceramista y el escultor desarrollan sólo con su trabajo; eso que crece en la gente que danza con la danza; en la gente de teatro con el teatro.

No está bien que tales capacidades y destrezas pertenezcan sólo a los profesionales del arte; deberían encontrarse al alcance de una población cada día más amplia. Y, en un lugar claramente destacado, al alcance de los profesores, de manera que, en sus manos, sean materia para el aprendizaje de los alumnos.

Antes que un espectáculo, la cultura y el arte, las artesanías, los oficios que reclaman el equilibrio entre las manos y la emoción deberían ser un ejercicio al alcance de todos; una manera de ocupar una parte importante de nuestro tiempo.



Ahora ustedes salen al mundo como profesionales dedicados a lograr el aprendizaje de los niños y los jóvenes. No olviden que esa educación y esa formación que aspiran a ser completas, que incluyen la experiencia de las artes y los oficios de las manos y que son la base necesaria para el desarrollo de una sociedad más justa y equitativa comienzan con el dominio del lenguaje, hablado y escrito.

Hoy que formalmente queda concluida su formación profesional, queridas nuevas maestras, queridos nuevos maestros, no olviden que su tarea es salvar el mundo. Si ustedes no lo hacen, nadie más podrá hacerlo.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Mtro. Javier de la Fuente Hernández

Secretario de Atención

a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Jaime Labastida

Director

Felipe Garrido

Director adjunto

Alejandro Higashi

**Coordinador Académico del
Gabinete Editorial**



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General



PLANTEL NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario General

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario Académico

Dr. Joel Hernández Otañez

Secretario Docente

Biól. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Biól. Gustavo Alejandro Corona Santoyo

Secretario Técnico del Siladin

Lic. Fernando Velázquez Gallo

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Jefa de la Unidad de Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández

Jefa del Depto. de Comunicación

Mtro. Edgar Mena López

Jefe del Depto. de Impresiones

Inteligencias, lenguaje y literatura de Felipe Garrido, un título de la colección La Academia para Jóvenes, del Plantel Naucalpan, Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, se terminó de imprimir el 7 de septiembre de 2017 en los talleres del Plantel Naucalpan, Calzada de los Remedios, núm 10, colonia Bosque de los Remedios, Naucalpan de Juárez, CP 53400, Estado de México.

La edición consta de 1000 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia Joanna MT STD.

La formación estuvo a cargo de Édgar Mena y Julia Michel Ollin Xanat Morales.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alejandro García y el autor.

La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la enormemente amplia diversidad de sus intereses.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido

Director adjunto de la

Academia Mexicana de la Lengua

La Academia para Jóvenes

